



## **Mis vivencias entre los años 1936-1939**

En el mes de mayo de 1936 mi familia se instalaba de nuevo en Barcelona. Volvíamos a “casa”, de donde nos habíamos ausentado hacía un par de años a causa de un desfase en la salud de mi padre, que era diabético. Recuerdo mi ilusión y la de mis hermanos de poder volver a vivir en nuestra querida Cataluña. Sobre todo en Barcelona, la ciudad en que los cuatro habíamos nacido. Encontrarnos de nuevo con los amigos de siempre y olvidar las nostalgias sufridas pensando en ellos era nuestra máxima ilusión, pero el reverso de la medalla existe.

Dejábamos Aragón, región de la que mi padre era oriundo. Procedía de una familia de labradores con abundantes tierras en Castellote. Todavía muy joven, su padre se enamoró de una muchacha del pueblo vecino, de familia parecida a la suya, y se casaron. Ella era hermosa y con sólo dieciseis años. Le hizo padre dieciocho veces, aunque la mayoría de hijos no sobrevivieron.

Poco tiempo después de nacer mi padre, en 1887, se instalaron en Alcañiz, cabeza de partido de Teruel, pensando en la educación de sus seis hijos. Allí creció mi padre, se educó con los Hermanos Maristas hasta cumplidos los quince años, donde obtuvo excelentes notas. La satisfacción les duró poco. Casi de repente tuvieron la desgracia de perder a la madre, víctima de un colapso cardíaco. Tenía 41 años. Los ciento veinte kilos que pesaba y tantos partos debieron influir en el desenlace fatal. Su padre vivió unos días desesperado. Pero pronto reaccionó con una idea que quizá no la pensó dos veces. Vendió las fincas y se fue a Barcelona a buscar la mejor forma de situar a sus cinco hijos varones. Con aquel capital creyó que le sería fácil. La hija mayor estaba casada y alejada. Y a la última, niña, Pilar, de cuatro años, la internó en un convento de monjas, de donde salió al cumplir los dieciocho.

Recién llegados, mi padre se inició en el ramo de los tejidos. Y muy pronto las calidades de las telas no tuvieron secretos para él. Dentro de ese ramo fue creciendo y, más tarde, reconocido como un buen profesional. A pesar de que su trabajo le gustaba, tenía también sus altos y bajos, sus crisis... Una de las fuertes la desencadenó el crac bursátil americano de 1929, que tanto afectó a Europa... Quizá por ello no dejaba de pensar en la tierra, de donde sale la vida, decía él, y compró una finca de varias hectáreas entre los pueblos de La Zaida y Velilla. La idea era convertir en regadío lo que era seco. Y se preguntó: ¿cómo no aprovecharse del agua del río Ebro que pasa a dos metros, en declive, por delante de la finca? Justo en aquel año se tenían ya empezadas las zanjas para depositar en ellas los tubos de uralita por los bancales abiertos para iniciar las pruebas de funcionamiento de la bomba que debía subir el agua por ellos y que no tardaron mucho en dar resultados positivos.



Enseguida se construyó un caserón grande de piedra para vivienda de los guardas, que fueron una pareja de recién casados, quienes decían sentirse allí tan felices como si estuviesen en el paraíso. Y empezó a trabajarse mucho. Tanto que, al cabo de unos meses, lucía un incipiente jardín verdoso. Con ello mi padre reafirmó su esperanza de que aquello iría bien. Así que, cuando el médico insistió en buscar un clima más seco para proteger su salud, se inclinó por escoger Caspe, y por dos razones más.

La primera, el considerar su número de habitantes, sus pequeñas industrias alimentarias, fábricas de harina, almazaras de aceite, etc. La segunda razón, porque estaba situada entre los pueblos más cercanos a nuestros intereses, tanto en lo afectivo como en lo comercial. Estaríamos alrededor de los tres pueblos donde teníamos familia y la finca. Por otra parte, también veía que todos estimábamos esa región, aunque ignorábamos si nos complacería vivir en ella. Pronto descubrimos que no fue difícil, pues en poco tiempo tuvimos la suerte de conocer y reunirnos con jóvenes de nuestra edad, joviales y simpáticos. Nos acogieron sin ningún prejuicio. En un círculo donde a menudo se organizaban las fiestas, cada uno de nosotros nos sentimos integrados en el grupo más o menos correspondiente a nuestra edad, fijada entre los dieciocho de mi hermano mayor, los catorce míos, los trece de mi hermana y los siete de mi hermano pequeño.

Día a día nos sentimos más felices en nuestra nueva estancia, gracias al afecto que nos rodeaba y al que nosotros también correspondíamos con nuestro cariño. Fueron agradables los dos años transcurridos, pues además nos habituamos a la responsabilidad que comporta el trabajo. En aquel momento nos pesaba el tener que separarnos, sabíamos que de nuevo no nos libraríamos de las nostalgias. Por mi parte, debo decir que sentía la dolencia de una pequeña flecha clavada en el corazón...

Nos veremos pronto, les decíamos. Barcelona está cerca y volveremos, o les invitábamos a que vinieran ellos:” ¡Venid vosotros, la ciudad es muy bonita...!”.

Todos esos proyectos se desvanecieron en menos de dos meses. Mi padre tuvo que cerrar el negocio de tejidos en el que tanto confiaba, porque el resultado no respondió a los deseos esperados. La tienda estaba ubicada en los bajos de una finca de cuatro pisos, esquinada entre una amplia calle y una gran plaza (ambas denominadas con el nombre del célebre Dr. Ramón y Cajal), y justo enfrente, la casa cuartel de la Guardia Civil. Un gran edificio que ocupaba todo un lado de la plaza. Para nosotros suponía una suerte tener la tienda delante de tal autoridad. Lo agradecíamos cada noche al cerrar las dos puertas metálicas. Nuestra vivienda estaba en el tercer piso de la misma finca, donde nuestra querida madre nos esperaba con sus insuperables menús. Todos los ingredientes eran de calidad. El jamón, el cordero, las perdices y lo más importante para el régimen de papá eran las abundantes y frescas



verduras, cogidas aquella misma mañana. Y para nosotros, la esplendidez de sus árboles frutales. ¡Deliciosa fruta!

Creo que es necesaria la descripción de esta plaza, tranquila y placentera, junto con la vivienda, para poderla comparar a los sucesos que ocurrieron tan sólo dos meses más tarde.

La salud de mi padre iba mejorando día a día, lo que influía en que su mente no parase, recorriendo los planteamientos que en aquellos días la vida le deparaba. Iba aceptando por evidente que el lugar no era el apropiado para el porvenir de sus hijos. Que quizá con el tiempo el negocio hubiese respondido, pero la edad de los chicos pasaba veloz, sin apenas darse cuenta, y decidí liquidar el negocio, puesto que no respondía como se esperaba. Nos puso al corriente de ello y planteó la vuelta a Barcelona. Todos estuvimos de acuerdo cuando nos hizo ver las pocas posibilidades que allí había para nosotros. Dijo que él se sentía mucho mejor y no quería sacrificarnos. También dijo que, desde el último de sus breves viajes a Barcelona, tenía ya una casa preparada. Nos marcharíamos al cabo de tres semanas. O sea, la primera semana de mayo, y todos estuvimos de acuerdo.

En Híjar mi padre tenía una prima hermana, a pocos kilómetros de donde estábamos, y al enterarse del hecho le pidió que le dejase unos meses a una de sus hijas para que pasase el verano con ella. Era viuda y su única hija, ya casada, vivía en Nonaspe, un pueblo cercano, donde su marido ejercía su profesión de médico. Mis padres quisieron complacerla y mi propia hermana se ofreció, con sus quince abriles recién cumplidos, a quedarse con ella hasta el fin del verano. Para ella era una aventura pasarse unos meses en la casa grande de su tía, un mesón fonda heredado de sus padres, que regentaba con dos muchachas de servicio.

Voy a dejar perderse en el recuerdo todo lo caótico que representa un cambio de domicilio y de región cuando ya se deja de ser niña y tienes que ayudar a recomponer la casa.

Me siento de nuevo instalada en mi ciudad, mi preciosa ciudad, muy cerca de la Plaza de España, y la casa cerca de Montjuïc. Puedo ver sus luces encendidas en las noches de fiesta. Aspirar el intenso olor de sus flores al anochecer y un halago para la vista en las mañanas. Tengo la sensación de recuperar un sueño inalcanzable. Así pensaba yo un domingo por la mañana, aquella niña ya de ¡ay! dieciséis años, al encontrarme de nuevo en mi ciudad. Todavía no me sentía centrada. Un cúmulo de cosas acudían a mi mente, y no sabía qué camino tomar. El mes de mayo finalizaba. No pude concentrarme para pensar qué sería lo mejor para mí. Hacía dos años que había roto con los estudios y junio era un mes como para terminarlos. Pensé en lo bonito que era



el verano. Hacía más de dos años que no podía ver el mar... ¿Por qué no disfrutarlo éste que estaba libre y en septiembre empezar?

Y junio fue pasando veloz, y yo disfrutando a menudo del sol y del mar.

Ya en pleno junio decidimos, con mis hermanos, ir un domingo en grupo con mis primas y sus maridos a pasar todo el día a la playa de Gavà, o El Prat. Nos iríamos en tren hasta una de esas localidades tan cercanas, más que por ello, por sus limpias aguas. El inconveniente estaba en que al bajar del tren teníamos que hacer una gran caminata hasta llegar a la playa. Lo de inconveniente lo decíamos al volver por la tarde, ya que el gran bosque de pinos fresco y verde que pasábamos por la mañana se había convertido en un horno. Pero nuestra juventud lo resistía bien y pensaba sólo en el regocijo de repetirlo...

¡¡Aquél domingo escogido fue el 19 de julio de 1936!!

Día que ningún español creo que nunca podrá olvidar, estuviese en un lado o en el otro. Pensase de una forma o de otra, no dejará de sentirse culpable por el genocidio que hubo en ambas partes. Sólo al pensar que todos éramos hermanos podríamos haber evitado mucho dolor. Creo que esto es lo que sentimos hoy la mayoría de los que hemos sobrevivido estos setenta años.

Volviendo a mi caso particular, puedo explicar que la desazón que tuvimos al enterarnos aquella mañana del domingo 19 de julio fue de horror y miedo. Toda la noche la ciudad estuvo despierta, entrecruzándose el fuego y nosotros, inocentes, esperando pasar un domingo de playa, sin sospechar que estábamos entrando en lo peor del mundo: la guerra...

Estuvimos reunidos en casa toda la familia. Nuestros padres nos pusieron al corriente, de forma sencilla, de lo que estaba ocurriendo y mi hermano mayor y yo enseguida nos acordamos de otro suceso ocurrido de forma parecida antes de nuestra marcha: el 14 de abril de 1931, la revolución que trajo la República, y también recordamos algo parecido, también estando ya en Caspe, que estaba pasando en Asturias. “¿Verdad, papá?”, dijimos los dos al mismo tiempo. Estos dos recuerdos nos tranquilizaron a todos. Recordamos que fueron días muy malos, pero que fueron cortos. No olvidamos el miedo que tuvimos al ver como ardían algunas iglesias y muchos conventos de monjas. Recuerdo uno de ellos, cerca de casa, en el Paseo de San Juan, que fue asaltado y en los jardines estaban los ataúdes profanados de las monjas. No quise acercarme, me daba horror y pena, pensé en mis monjas, con las que conviví doce años. También iglesias quemadas, el clero escondiéndose de los malhechores que no les perdonaban la vida tan pronto les echaban la mano encima. Convinimos y confiamos en que lo que estaba ocurriendo aquella semana no iba a ser tanto y pronto terminaría. Pero desgraciadamente no fue



así. La mayoría de planes de aquellos tres años desgraciados que nos tocó vivir marcaron la vida de muchos, si no la cortaron de manera traumática.

Siguiendo mi relato familiar, puedo aportar pruebas incomprensibles de la maldad humana. Mi padre no quiso esperar el final del verano para ir a Híjar a buscar a su hija. Así que pronto tuvimos a mi hermana en casa.

La alegría que sentimos al estar de nuevo todos reunidos se truncó con las malas noticias que traían. El caos que se vivió en esas pequeñas poblaciones no tiene ninguna razón de ser. Todos se conocían desde siempre, pero aquellos días les salió el demonio del cuerpo y empezaron las agresiones de forma brutal. Los pobres contra “los ricos”. Les acosaban y les pedían cuánto tenían; algunas veces, después de obtenerlo, los machacaban. “¡Ala, al hoyo!”, decían. Mi hermana contó el susto que tuvo con lo sucedido a la tía Antonia:

Una mañana de la primera semana loca, llamaron a la puerta con fuertes golpes y las voces irritadas de dos o tres hombres que decían: “¡Abran la puerta o irá abajo!”. Mi tía, asustada, me dijo: “Niña, toma esto y escóndelo en tu pechera -ya un tanto abultada a sus quince años-, y no hables con nadie; vete abajo por la puerta de atrás y ponte al lado de las chicas, ¡anda, corre, vete!”. Mi hermana, temblando, se puso en marcha mientras se escondía en su juvenil pecho un paquete del tamaño parecido al de un juego de naipes, envuelto en papel azul. Tuvo tiempo de esconderse en la cocina, mientras los hombres en el portal preguntaban por la dueña. “Arriba, sí, está arriba”. Subieron en cuatro zancadas. Nuestra tía, a sus sesenta y ocho años, era una mujer fuerte y decidida. “¿Qué queréis, muchachos?”, les dijo cuando les vio tan altaneros. “Sus dineros, ¿dónde los tiene? ¡Diga, diga!”. “Desgraciados”, les contestó. “¿Pensasteis que yo a mis años estaría trabajando si los tuviese? Buscad, buscad, no sé lo que os puedo dar”. Lo revolvieron todo. Los cajones de la cómoda, tirando la ropa al suelo, y resoplando decían: “¡Y todos esos santos, qué! ¿Qué son, vieja beata? Diga, ¿qué son?”, iban murmurando mientras rompían y esparcían por el suelo imágenes y cuadros religiosos. “Pues son los que dan muchas veces de comer a los pobres que llaman a mi puerta porque no tiene adónde ir”. “¡Uf! –dijeron- con los viejos no se puede tratar”. Y, por suerte, abandonaron la casa. Sin más.

Mi hermana lo pasó muy mal. Las piernas le temblaban mientras se oían esas fuertes voces y no sabía qué le ocurría a su tía. Quedó compensada cuando al abrazarla le dijo que le había salvado sus ahorros al sacar el paquete de su pechera. Nada más y nada menos que ¡¡50.000 pesetas!! Este fue un final feliz, pero en Híjar no todos fueron así. Hubo muchos asaltos por parte de los revolucionarios, y muchas muertes.

Este final feliz nos alegró, pero lo más trágico lo habían dejado para el final, pues temían herirnos demasiado. Mi padre, muy comedido, nos comunicó las





noticias que le habían llegado de Caspe y de nuestra anterior casa, y también de nuestros amigos. Yo me limitaré a lo global, la plaza tan apacible y tranquila estaba convertida en una plaza de toros en el día de gran matanza. Allí hubo una gran escaramuza entre el pueblo bajo y la Guardia Civil. Fue terrible. Los cadáveres quedaban amontonados en frente del cuartel y las paredes de lo que fueron nuestros escaparates y todo lo que era la fachada de nuestra tienda, acribillada a balazos. La mayoría era gente joven del mismo pueblo, exaltada, junto con otras pandillas venidas de otros lugares más pequeños donde se conocían las ansias del cambio de libertad y no les importaba el “caiga quien caiga”. Más de cuatro de nuestros amigos habían perecido. Bandas de cuatro exaltados iban por las casas ya prefijadas y se llevaban a sus hombres a la calle, a veces padre e hijo juntos, y en cualquier esquina o plazoleta, con un tiro en la sien los dejaban allí tendidos. Sólo por “la revolución”, o porque iban a misa, por cualquier excusa... No podíamos escuchar más. Las lágrimas brotaban de nuestros ojos de forma continua. No hablábamos, enmudecimos todos a la vez. Preguntamos por alguno en particular. A veces contestaba “no se sabe”, o bien “éste estaba fuera de la ciudad”. Me interesé en cuanto pude preguntar por mi predilecto y parece ser que él era uno de estos últimos. Me alegré por él, pero lo sentí mucho por todos los demás. Hablo de los desgraciados que asaltaron el cuartel de la Guardia Civil y murieron en el empeño. ¡También da pena la obcecación! Y los pobres guardias, algunos tan gentiles...

Toda la familia estaba triste. No dejábamos de darle vueltas a tan caótica situación. Nos preguntábamos el uno al otro, y a veces todos a la vez. Dios Santo. ¿Qué nos hubiese ocurrido de estar todavía en Caspe? ¿Saquearnos la tienda y perderlo todo? Hay que tener en cuenta que, para según quienes, éramos extraños en el lugar, comerciantes y “ricos”. “¡A por ellos!”, acostumbraban a decir. Podía haber sido así, o peor. Nos pareció como un milagro la fuerza que impulsó a nuestro padre a dejarlo todo en un momento tan crucial para nuestras vidas. Dimos siempre gracias a Dios por la suerte que tuvimos.

Lo que se nos acercaba sería traumático para todos. Mis pobres padres estaban aterrados porque su hijo mayor era llamado a filas. Le correspondía por ley. Pertenecía a la quinta del 36. La guerra ya estaba declarada como cosa seria y los ejércitos se preparaban en ambos lados. Nos correspondía “ser rojos”. Mi hermano, desde siempre, era de carácter pacífico. Nunca le interesó la política. Era amigo de las artes: el dibujo, la escultura, la literatura... Ésta era su mejor baraja para pasarlo bien. Y con buenos fines... su novia. Enseguida hubo gran movimiento en casa para procurarle algo, lo que fuese, porque él no quería empuñar un arma. Por suerte, teníamos una amistad femenina que estaba de secretaria con una personalidad del Ejército, creo que era un general. Dirigía el Cuartel General en Lérida y su equipo de soldados ayudantes. Para su departamento de planificación admitió la recomendación de



mi hermano como dibujante. Allí pasó toda la guerra, sin tocar más arma que sus lápices. Sólo le vimos dos o tres veces durante esos tres años. La contienda iba alargándose y nosotros empezamos a notar las consecuencias. La comida racionada. En principio, medida. Cada mes faltaba alguno de los alimentos básicos. Pronto escaseó la leche. Se decía que las vacas seguían dándola, pero los transportes representaban un dispendio en gasolina que se necesitaba para la guerra. Lo peor para mi padre es que no podía comer casi nada de lo que daban de racionamiento: lentejas, arroz, harina de maíz, un litro de aceite por familia y pan. Al principio lo compensaba con la insulina, pero cuando llegó el momento en que no la había en las farmacias, se desmoronó. Se vio perdido. Conocía lo importante que era para la diabetes. Era también la máxima preocupación de mi pobre madre, que recorría grandes distancias en busca de las verduras que tanta falta le hacían... A veces las encontraba, otras no. ¡Cómo recordábamos las comidas de Caspe!

Tranquilizados ya por el buen destino de mi hermano, empecé a buscar trabajo. Cosa difícil en aquellos momentos para una joven con tan sólo diecisiete años, sin ninguna especialidad. Tenía varias posibilidades, pero me decidí a responder al llamamiento que hacía el gobierno para confeccionar ropa para el ejército, puesto que lo precisaban con urgencia. No era mucha mi práctica de coser a máquina, pero sí la costura en general (herencia de las monjas). Me dieron una plaza sin objeciones. Se trataba de confeccionar pantalones para el ejército. El trabajo era para las veinticuatro horas del día, hechas en tres turnos. De seis de la mañana a dos de la tarde la primera semana. La siguiente, de dos de la tarde a diez de la noche, y la tercera, de diez de la noche a seis de la mañana. Rotatorio. El sueldo estaba bien, teniendo en cuenta que el coste de la vida era muy superior al que teníamos al comienzo de la guerra. Me acostumbré pronto al manejo de la máquina eléctrica y al ritmo acelerado que nos imponían. Un paquete de ocho pantalones cortados teníamos que coserlos en las ocho horas de trabajo. Luego pasaban a las manos de las que cosían a mano y los terminaban. A pesar de que en casa les disgustaba mucho el horario, a mí me resultaba cómodo. Podía seguir mis propósitos, o sea, no interrumpir los estudios que había iniciado unos meses antes. Quería conseguir un Secretariado. Hablé con el director del centro al que me había inscrito, y me permitió asistir a clase por la mañana o por la tarde, lo que me acomodase más. Entre tanto pasaban los días y las cosas no mejoraban. Mi pobre padre cada vez estaba peor. Una madrugada del invierno del 37 nuestra madre nos despertó a mi hermana y a mí, muy asustada, porque papá estaba vomitando sangre y quería que fuésemos a pedir ayuda al sereno del barrio para que nos mandara un médico lo antes posible. Rápido nos vestimos y así lo hicimos. En algo más de media hora teníamos al médico en casa. Su diagnóstico fue hemoptisis. Por su consejo, lo ingresamos al día siguiente en el Hospital de San Pablo. Allí fue bien atendido y confirmado el diagnóstico. Para tranquilidad nuestra, el jefe de servicio era un familiar de su



hermano mayor. Le aconsejó a mamá un cuidado especial, teniendo en cuenta a los hijos, etc.

Aquellos días en casa sólo se hablaba de tuberculosis. Por mi parte, recordé que el hermano de mi “preferido” había fallecido a los 27 años de esta enfermedad. Mi hermana recordó al hermano de su mejor amiga, también fallecido de esa enfermedad y edad parecida. De todas formas, lo de nuestro padre no fue más allá y a los pocos días estuvo de nuevo en casa.

Una de las mañanas hubo un gran disgusto en el taller al enterarnos de que una de nuestras compañeras, que habitaba en la parte baja de la ciudad, había perecido, víctima de un bombardeo, mientras esperaba el tranvía para acudir al trabajo. Y esto ocurría con frecuencia. Nadie estaba seguro de si volvería a casa, cuando salía a la calle. Unas semanas más tarde, esto fue lo que nos pasó a nosotros: Eran las tres de la tarde y estábamos terminando el almuerzo cuando, de repente, antes de oír sirena alguna, estalló una bomba frente a nuestra casa. En un instante estábamos todos en el suelo, debajo de la mesa, entre los cristales de la puerta del comedor, después de que la metralla abriese un gran boquete por la puerta de madera de la entrada principal. Acudió la Cruz Roja enseguida, pero convinimos que hubo mucha suerte. Sólo el gran susto. Sin embargo, enfrente mismo de casa el cuerpo de un muchacho con la pierna vendada yacía sin vida en el suelo; fue una víctima más de esa odiada guerra.

Estábamos entrando en el 38, que fue un año fatal. Buscando en mis recuerdos algo menos trágico contaré que ese amigo mío “preferido” vino algunas veces a vernos. En realidad, quería formalizar unas relaciones conmigo, ya que desde siempre nos habíamos demostrado una simpatía especial. Pero lo que son las cosas, la otra cara de la moneda: cuando se inició ese cambio, dejó de gustarme. Lo encontré absorbente, celoso y desconfiado. Tuve problemas para volver atrás y lo pasé mal. Suerte que las estancias fueron cortas y con la correspondencia lo acabé. Me detuve a pensar que hay un cambio de personalidad entre los catorce años, cuando lo conocí, y los diecinueve que tenía cuando lo decidí. Poco después de acabada la guerra llegué a enterarme de que había muerto de tuberculosis, igual que su hermano. De verdad que lo sentí. La tuberculosis la temí siempre, y fue durante bastantes años una de las enfermedades que causó más víctimas.

En mis recuerdos de guerra está siempre en primer término la figura de mi padre. Recuerdo cuando volvimos de Caspe, su energía, su figura; estaba en los 49 años un poco calvo, sí, pero esbelto y maduro. En ese tercer año había perdido toda su energía, la espalda encorvada y su indiferencia lo envejecía todavía más. Día a día desmejoraba, y no dejaba que penetrásemos en sus íntimos sentimientos. Sólo hablaba del fin de la guerra, de la vuelta de su hijo y de su marcha hacia la finca de Aragón, tan pronto se recuperara un poco. Y así, escuchándole, íbamos manteniéndole la esperanza.





Y llegó la primavera. Yo continuaba con mi ritmo de trabajo y mis estudios. Yo tenía muy en cuenta con quien podía confiarme. Todos aprendimos a ser cautos. Recordando un hecho ocurrido en aquel tiempo, me sentí muy unida a una tal María. Terminaba de salir un decreto según el cual los padres con niños entre seis y doce años debían prepararlos porque se los iban a llevar a otro país. Con María, le dábamos vueltas todo el día al asunto. Fuimos al muelle a verles. El barco estaba lleno y algunos de los más pequeños no querían soltarse de las faldas de sus madres al obligarlos a subir a bordo. Desde allí, levantando sus pequeños brazos, daban su adiós a los que quizás nunca más volverían a ver. Y cuando se los llevaron mis lágrimas acompañaron a las de sus padres. “¿Y si no los ven más?”, me preguntaba. María pensaba como yo, y coincidíamos en muchas otras cosas. Llegamos a ser buenas amigas. Hoy todos sabemos el resultado de “Los Niños de la Guerra”.

Una mañana decidí hablarle a una compañera que vivía fuera de la ciudad de lo enfermo que estaba mi padre y su especial circunstancia. Yo ya estaba enterada de que su madre se dedicaba a cuidar gallinas y que los huevos los canjeaba con otros alimentos, aunque no quería dinero. Le pedí como un gran favor que me vendiese una docena de huevos para él. Me dijo que contase con ellos, pero nada de dinero. Sería un regalo. “Mañana, –me dijo- te los traeré. Podemos encontrarnos a la salida y te los daré. Quizá tarde un poco en salir, ya sabes que estoy en la otra planta”. Se lo agradecí mucho y le di mil gracias. Reconocí cuán generoso es el corazón de las personas más sencillas. Allí pude conocer a muchas clases de personalidades, estaban muy mezcladas. Entre los encargados los había orgullosos, exigentes y enardecidos. Pero también había almas muy sensibles y generosas, algunas de orígenes muy humildes, como la delicadeza de esa amiga que me iba a traer los huevos. “¡Ojalá haya podido hacerlo!”, pensaba de vez en cuando. “Espero que no se los haya olvidado, creo que es formal, enseguida me dijo que sí... Le haré un regalito”. Así pasé aquella mañana, sin sospechar lo que se me venía encima.

A las dos en punto me apresuré y busqué a las dos amigas que vivían cerca de casa, con las que salía todos los días. Las tres tomábamos el mismo tranvía para bajar por el paseo de Gracia y, al llegar a la Gran Vía, bajábamos para tomar el 56, que nos llevaba hacia la Plaza de España. Tuve que decirles el por qué esperaba y no podía ir con ellas, y que si tenían prisa, yo bajaría sola. En aquella hora todas queríamos llegar pronto a casa, y ellas decidieron no esperar y marcharse. Lo comprendí. Unos minutos más tarde salía yo contenta, con una maleta pequeña con asa, la recuerdo como si ahora la viese, con su docena de huevos, bien dispuestos. ¡Mi amiga no se había olvidado!

El tranvía bajaba lleno y yo iba de pie en la plataforma delantera. El conductor manejaba veloz y casi llegábamos a la calle Aragón cuando sonó, de forma estridente, una sirena. El conductor frenó rápido el coche, a pocos pasos de la



boca del metro. Tuve la suerte de bajar enseguida y alcanzar los primeros escalones del metro. En aquel instante se oyó un horrible estruendo que parecía que la tierra se abriese. Ya no bajé ningún escalón más, pues fui empujada por la avalancha de gente que se me echó encima. Llegué a tocar el suelo con las rodillas y quedé medio magullada por la gente que se me cayó encima. No hará falta decir que las medias estaban rotas y la sangre fluía de mis rodillas. Lo que yo misma no puede explicarme más tarde era cómo me encontré con la mano en alto y la maletita con los huevos, intacta.

Pasamos bastante tiempo enderezándonos y temiendo oír nuevos estruendos. Al no ser así empezamos a salir con cierta cautela. Yo seguí mi ruta de siempre, hasta llegar a la esquina de Gran Vía con Paseo de Gracia, donde hoy está el cine Comedia. Allí estaba todo lo grave. Policías poniendo orden con presteza, ambulancias, muertos en las aceras, gente chillando o llorando por la calle en bata de casa. Humo, olor a quemado... Un ambiente tan caótico que nadie se explicaba qué era lo que estaba pasando. Yo pretendía seguir cruzando, aterrada, sin saber qué hacer, mientras estaba con la mirada fija viendo cómo levantaban el cadáver de un joven bien vestido, pulcro y bien afeitado, que llevaba un traje marrón y lo depositaban encima de un camión de mercancías. El pobre quizás estaba disfrutando de un permiso oficial. De pronto, una voz me gritó: “¡Alto! Por aquí no se puede cruzar”. Yo pretendía ir a mi casa. “Es mi ruta...”, dije algo atontada al policía. “¿Está usted herida?”. “No, creo que no...”, dije mientras me miraba las piernas. Decidí irme por la calle de arriba, Diputación, mientras me empujaban. Aturdida, no pude ni pensar en mis compañeras habituales en mis viajes con el tranvía. En aquel momento me desconecté del resto. Llegué a casa aturdida y con paso vacilante, dos horas más tarde de lo habitual. Me esperaban angustiados, pero al ver mis rodillas y mi cara tan blanca pensaron que esta vez también habíamos tenido suerte. Yo, algo más animada, levanté mi mano en alto y les dije: “¡He salvado los huevos!”. Mis padres no pudieron dejar de sonreír al escuchar esta exclamación en un momento tan trágico. “Cosas de la juventud”, dijo mamá. En aquel momento ignorábamos lo ocurrido. Fue el peor bombardeo que tuvo Barcelona, aquel aciago día del mes de marzo de 1938, cuando estalló un camión cargado de trilita y se hundió todo un edificio, donde murieron infinidad de familias. Realmente, cada vez que salía uno o dos huevos a la mesa, sabíamos que eran ellos los que me habían salvado a mí, pues las dos amigas que me precedieron, a pesar de haberse refugiado en un portal, fueron alcanzadas por la metralla. Afortunadamente, no murieron.

Fueron muchas las cosas que siguieron pasando, mientras el pueblo pasaba más hambre cada día. Notábamos que el gobierno se debilitaba e intentaba, con sus grandes cartelones, animarnos. Suscribían cosas así: “Españoles, venceremos. Resistir es vencer. Negrín”. Hubo un gracioso —en las tragedias se ve que también los hay— que, al encontrarse delante de un mulo muerto en



plena calle, lo cubrió con un gran cartel que decía: “Negrín, lo siento, no he podido resistir más...”. Así se reflejaba el sentir de la ciudad.

Mi sentir en aquellos días era de anhelo para que se acabase de una puñetera vez el conflicto. El hambre, la enfermedad de mi padre, las bombas, los muertos... Todos queríamos la paz, que se hizo esperar. Primero fue la terminación de la guerra, luego la posguerra y, finalmente, la PAZ, en 1975, cuando de nuevo todos los españoles pudimos convenir unas nuevas reglas de juego y convivencia sin excluir a nadie.

La guerra para nosotros acabó el 26 de enero de 1939, cuando entró el ejército nacional en Barcelona. Todos teníamos la ilusión del final. Fue aquél, pero fue final. Fui a ver la entrada de los soldados por la Gran Vía. Entraron formados y hoy recuerdo el silencio de los ciudadanos allí presentes para recibirles. También recuerdo lo poco o nada que sabíamos de lo que pasaba en el otro lado. Luego, muchos años después, lo fuimos sabiendo. Aquel día ya me había despedido de unos primos que salieron con toda su familia hacia la frontera francesa. Ellos, a diferencia nuestra, se habían significado políticamente. Nuestra vida durante la guerra había transcurrido alrededor de la enfermedad de mi padre y de todas las limitaciones que nos había tocado vivir.

A mi hermano, debido a su cargo, lo retuvieron en campo de concentración durante cuatro meses. No le encontraron nada imputable, pero el castigo fue el trato y el mal estado en que vivía, sin apenas comida. Un chusco con café por la mañana, y lata de sardina o algo similar para todo el día. La consecuencia, colitis agudas a menudo. Por fin llegó su libertad y toda la familia, feliz, a pesar de su delgadez.

El día del desfile de la Victoria fue muy emotivo. Transcurrió por el Paseo de Gracia. Todos teníamos el recuerdo de los que habían caído (yo digo en la trampa), pues entre tantos caídos había gente, de ambos lados, buena de verdad. Sigo odiando la guerra. El Paseo de Gracia estaba lleno a rebosar. Vino gente de toda España. Se notaban las ganas de confraternizar. Nosotros recibimos la visita de un antiguo cliente de papá, llegado desde el País Vasco para esta ocasión, y venían en un camión para llevárselo lleno de piezas de tela. Nos dijo que en el norte faltaba de todo, ya que Cataluña era desde siempre la que les abastecía de todo. Ellos desconocían la ciudad y los proveedores. Ya vieron que la salud de mi padre no le permitiría ayudarles, y mi hermano todavía no había llegado. Mi padre pensó en mí, que estaba sin trabajo, ya que desde el 26 de enero nos cerraron las puertas sin decirnos ni adiós. Acepté a llevarles a todas las direcciones que mi padre me preparó, y nos dejaron buenos paquetes de comida y pesetas de las que por Barcelona todavía no corrían. El dinero rojo ya no corría. Cuando un buen amigo de mi padre le vino a visitar, le dijo: “Joaquín, ponte bueno, se acabó la crisis textil, ahora empezaremos de nuevo a trabajar de firme...”. Todos nosotros sabíamos



que esta vez no habría suerte; mi padre murió a los cincuenta y dos años, de un colapso cardíaco, la mañana del 14 de agosto del 39, Año de la Victoria y de la Derrota, porque todos perdimos... Trece días después cumplí mis primeros veinte años.